



Vista aérea de una manifestación contra la reforma judicial del gobierno israelí, Tel Aviv, 23-9-23 (Jack Guez/AFP)

Dossier

Israel y Palestina contra las cuerdas

Israel vive una encrucijada histórica, a medida que se intensifican las manifestaciones masivas contra la coalición de extrema derecha en el poder y su reforma judicial, que amenaza con derrumbar los pilares del Estado judío. A su vez, a treinta años de los Acuerdos de Oslo, la paz con los palestinos asoma como un imposible, ante el avance de la colonización, las mutaciones regionales y los enfrentamientos fratricidas entre los propios palestinos.

Históricas manifestaciones contra la reforma judicial. Aires de rebelión en Israel por Charles Enderlin 18 | **Dos desafíos para Palestina** por Said Chaya 20



Árabes israelíes participan de las manifestaciones contra el gobierno, Tel Aviv, 26-8-23 (Mostafa Alkharouf/Anadolu Agency/AFP)

Decidido a cambiar de régimen reformando el sistema judicial, Benjamin Netanyahu enfrenta masivas protestas en defensa de la democracia israelí contra el autoritarismo de la coalición de extrema derecha en el poder. El Ejército no es ajeno a la discordia, mientras la cuestión palestina sigue dividiendo a los israelíes.

Históricas manifestaciones contra la reforma judicial

Aires de rebelión en Israel

por Charles Enderlin*

A principios de año, los asesores del primer ministro Benjamin Netanyahu estaban convencidos de que la oposición al controvertido proyecto de revisión del sistema judicial –piedra angular de la voluntad de transformación de las instituciones– terminaría por languidecer y que el número de manifestantes hostiles a la reforma disminuiría con el correr de las semanas. Se equivocaban. Nunca, en su historia, Israel experimentó tantas concentraciones populares, tan numerosas, tan involucradas en el plano político y tan constantes. Cada sábado al anochecer, cientos de miles de personas salen de sus casas. Unas enarbolan la bandera nacional; otras, pancartas fabricadas para la ocasión. Todas declaman: “démokratia” (“democracy” en hebreo)

y entonan en coro la consigna dirigida al gobierno: “Se toparon con la generación equivocada. Si no hay igualdad, derrocaremos al poder”. Para todos, esta reforma que apunta a aumentar el poder de los representantes electos en detrimento de los jueces y de la Corte Suprema pone en entredicho los fundamentos de la democracia israelí.

Este gran despertar de una parte de la población es canalizado por la élite laica del país. Sin embargo, ésta no dio un paso al frente, el 18 de julio de 2018, cuando Netanyahu hizo adoptar por la Knesset la ley que define a Israel como el Estado-nación del pueblo judío (1). La Corte Suprema había entonces ratificado este texto que discrimina a los ciudadanos no judíos. La reacción no se produjo sino durante la última semana de diciembre de 2022, tras la formación del nuevo gobierno de

Netanyahu, con la entrada en escena de extremistas del sionismo religioso y de herederos ideológicos de la organización fundada por el rabino racista Meir Kahane en Estados Unidos en 1968 (2).

Dueños de empresas *high-tech* como el multimillonario Orni Petruschka, renombrados juristas como el abogado Gilead Sher, ex generales como el ex jefe de Estado Mayor Dan Halutz así como Amos Malka, ex jefe de inteligencia militar, sin olvidar a economistas de primera categoría, se movilizaron para organizar una verdadera maquinaria de guerra contra la coalición de extrema derecha, mesiánica y ultra ortodoxa de 64 diputados sobre 120. Estas personalidades crearon una organización sin fines de lucro llamada “Hofshim be Artzenou” (“Libres en nuestra patria”) para coordinar la actividad del conjunto de las organizaciones

opuestas a la política gubernamental. La idea es reunirlas en un vasto movimiento prodemocrático, alejado de los partidos políticos.

Según Sher, la agrupación cuenta con un presupuesto de varios millones de shekels provenientes de un financiamiento participativo de 40.000 personas y de donantes privados, ninguno de los cuales contribuyó con más del 5% de la suma total. Hofshim be Artzenou les propone a las organizaciones no gubernamentales (ONG) financiar toda o parte de su logística y asegurar su acompañamiento jurídico y mediático. A cambio, cada beneficiario debe adherir a una plataforma común fundada sobre la no violencia y los grandes principios de la Declaración de Independencia de 1948: "la libertad, la justicia y la paz según el ideal de los profetas de Israel"; "la más completa igualdad social y política a todos sus habitantes sin distinción de religión, de raza o de sexo"; "la libertad de culto, de conciencia, de idioma, de educación y de cultura". Hasta el momento, 130 asociaciones locales y 140 organizaciones nacionales se unieron al movimiento. Cada una conserva su especificidad, pero hace suyo ese mensaje común: es un acto de patriotismo oponerse a la coalición dirigida por Netanyahu. Se invita entonces a los manifestantes a alzar la bandera nacional y cantar la Hatikvah, el himno israelí, al final de cada concentración.

El 21 de enero, 110.000 personas se reunieron en Tel Aviv frente al teatro Habima antes de desfilar por la calle Kaplan. Concentraciones idénticas se llevaron a cabo al mismo tiempo en 150 localidades, del norte al sur de Israel, particularmente en Jerusalén, Haifa y Beerseba. Desde entonces, las protestas nunca cesaron. La nueva organización "Hermanos y hermanas en armas" es particularmente activa. Reúne a miles de reservistas del Ejército que hicieron el siguiente juramento: "Defender nuestra patria, de ser necesario con nuestra vida, y no servir a otra dictadura en Medio Oriente" (3). De semana en semana el movimiento fue cobrando amplitud, alcanzando, el 25 de febrero, los 300.000 manifestantes en todo el país, tras la adopción en primera lectura por parte de la Knesset de la ley de revisión del sistema judicial.

Problema existencial

¿Qué dicen los manifestantes acerca del conflicto con los palestinos cuando los llamados a la anexión de Cisjordania se multiplican dentro de la coalición gobernante? El comité organizador de la principal concentración que se lleva a cabo, los sábados por la noche, en la calle Kaplan en Tel Aviv, se asegura de mantener el tema a raya. Roy Neuman, uno de los responsables, explica: "Desde el principio, decidimos no introducir esta cuestión política. Cuando oradores de derecha quieren hablar de ello, nosotros nos negamos. Queremos crear algo nuevo: la lucha por la democracia, contra la dictadura, pero cuando sucede algo grave, hablamos de ello". En realidad, se trata de atraer elementos de la derecha moderada, incómoda con la política gubernamental. Para Avner Gvaryahu, copresidente de "Breaking the silence" ("Quebrar el silencio"), una organización de veteranos del Ejército israelí que lucha contra la ocupación de los territorios palestinos, esta decisión es un error: "Cerrarse la puerta a la izquierda y abrirla a la derecha no es una estrategia muy inteligente. Es no comprender que el bando anexionista ya no necesita de los centristas. Además, la derecha moderada aún quiere mantener el control sobre los palestinos".

Sin embargo, todos los sábados a la noche, varios miles de militantes pertenecientes a una treintena de asociaciones de izquierda que se oponen a la ocupación se ubican en una esquina de la calle Kaplan. Algunos llevan la bandera palestina. A pesar de no mantener ningún contacto con los organizadores de la principal convocatoria, constataron con el pasar de los meses un cambio de actitud hacia ellos por parte de una parte importante del público. Guy Hirschfeld, presidente de la pequeña organización "Looking the occupation in the eye" ("Mirando a la ocupación a los ojos") señala: "A menudo hay una verdadera empatía hacia nosotros. La gente viene a comprar las remeras con nuestros eslóganes y se las ponen cuando manifiestan. Vendimos 12.000!".

En Jerusalén, la situación es distinta. Desde que se creó en enero, el comité organizador de la manifestación del sábado a la noche frente a la residencia del Primer Ministro decidió dirigirse a un amplio abanico de audiencias. La asociación se llama "Cuidemos la casa común" y reúne a una decena de organizaciones de izquierda de Jerusalén, entre ellas a "Free Jerusalem" que lucha contra la ocupación. Guy Schwartz, uno de los responsables, describe este enfoque pluralista: "Invitamos a oradores provenientes de diversos horizontes. Puede ser un colono en desacuerdo con la reforma del sistema judicial, el director de una escuela religiosa de Jerusalén, personalidades árabes-israelíes o activistas palestinos". Un número no menor de judíos practicantes asiste regularmente a esta concentración.

El Ejército, que no escapa a las críticas de los colonos debido a su supuesta indulgencia respecto de los palestinos, también se ve afectado por el movimiento de protesta contra la política de Netanyahu. Así, miles de reservistas suspendieron su servicio militar voluntario. La Fuerza Aérea se ve particularmente afectada, ya que cerca del 60% de los pilotos, del personal de tripulación y de oficiales de las salas de operaciones, son voluntarios y más de la mitad de ellos se unió al movimiento contra la dictadura. Pilotos de escuadrones de caza cesaron de entrenarse regularmente y con el tiempo, ya no podrán volar. Algunos ya declararon que no participarán en un eventual ataque contra las instalaciones nucleares de Irán. En la escuela de aviación, los veteranos ya no garantizan ni la formación ni la instrucción de los alumnos pilotos.

Un desacuerdo explícito que los nacionalistas religiosos no aprecian en lo más mínimo. Así, Shlomo Karhi, ministro de Comunicaciones, soltó en la red X (ex Twitter): "A aquellos que se rehusan a servir: ¡nos arreglaremos sin ustedes! ¡Vayan al diablo!". Con el transcurrir de los meses, los ataques contra los reservistas y los jefes del Ejército se incrementaron. Se acusa a los generales y a los directivos de agencias de seguridad que no obedecen a las órdenes de la extrema derecha religiosa de encabezar "una milicia bajo las órdenes de la izquierda". En junio pasado, Orit Strook, ministra de Asentamientos y Misiones Nacionales, incluso los comparaba con la "fuerza Wagner", la milicia rusa. El jefe de Estado Mayor, el comandante nacional de la policía y el jefe del Shin Beth (inteligencia interna) acaban de publicar un comunicado común calificando de "terrorismo nacionalista" a los ataques anti-palestinos cometidos por los colonos.

Estos cuestionamientos llevan a muchos israelíes a percibir mejor la realidad de la ocupación (4). Tomer Persico, investigador del Instituto Shalom Hartman de Jerusalén, señala: "Se dan cuenta de que en Cisjordania hay un caos salpicado de violencia sangrienta. Los colonos también arremeten contra los militares y los guarda-fronteras, quienes, sin embargo, garantizan su seguridad. Un verdadero salvajismo se instaló en las colonias y eso pone al país en peligro. Considero que asistimos a un verdadero cambio en el seno del centro político en Israel que comienza a darse cuenta de que la ocupación constituye un verdadero problema existencial".

En cualquier caso, el Ejército israelí, que ve su capacidad operativa reducida, sufre la crisis más grave jamás atravesada en tiempos de paz. En marzo, Yoav Galant, ministro de Defensa, decidió intervenir. Sin informar al Primer Ministro, hizo un llamado a la interrupción de la reforma del sistema judicial: "La fractura se amplía en el seno de nuestra sociedad e infiltra al Ejército y a las agencias de seguridad. Esto representa una amenaza real, tangible e inmediata para la seguridad del Estado. ¡No quiero asociarme a eso!". A la noche siguiente, de regreso de su viaje oficial a Londres, Netanyahu lo despidió. Al cabo de una hora, prácticamente en todas partes de Israel, inmensas multitudes salían espontáneamente a la calle. En Tel Aviv, 100.000 manifestantes bloquearon el periférico. En Jerusalén, miles de personas enojadas desbordaron los cordones policiales y lograron llegar hasta la entrada del edificio, en la calle Azza, en el que vive la familia Netanyahu. El movimiento tomó un aspecto casi insurreccional.

Histadrout, la central sindical, proclamó la huelga general. Se cerró el aeropuerto internacional Ben Gurión. El Primer Ministro no tuvo opción. En una aparición televisiva, primero se mostró amenazante contra los manifestantes y luego anunció la suspensión del proceso de reforma. Aceptó entrar en negociaciones con la oposición parlamentaria para intentar llegar a un acuerdo, pero agregó que "la reforma se hará de una forma u otra". En cuanto a Galant, sigue en funciones.

¿Crisis constitucional?

En el fondo, Netanyahu no desiste y prosigue con su política. El 23 de julio, ignorando al medio millón de israelíes que se manifiesta por todo Israel y bloquea los accesos a la Knesset, hace adoptar

por el Parlamento una ley llamada "constitucional" que limita los poderes de la Corte Suprema retirándole la posibilidad de juzgar según el principio de "razonabilidad". Toda la oposición parlamentaria boicotea el voto. La más alta instancia judicial del país, ¿ratificará este texto o lo rechazará? El 12 de septiembre, en el transcurso de una audiencia histórica, los quince jueces de la Corte escuchan los ar-

gumentos de las partes. El doctor Ilan Bombach, representante del gobierno, pone en duda la validez del texto fundador del Estado, proclamado el 14 de mayo de 1948 por David Ben Gurión: "Porque treinta y siete personas –que no fueron votadas– firmaron apresuradamente en determinado momento, la Declaración de Independencia redactada precipitadamente, ¿eso obliga a quienes llegaron después?". Una alusión al principio que guía a la coalición en el poder: "Al darnos la mayoría en el Parlamento, el pueblo nos dio la legitimidad de gobernar solos, sin la interferencia de magistrados quienes, por su parte, no son votados". El mensaje es claro: para la derecha y sus aliados mesiánicos, la ley que instauró a Israel como Estado-nación del pueblo judío es el único texto fundador.

La Corte debe pronunciarse en unos meses. Sabremos entonces si Israel se sumerge en una crisis constitucional. Mientras tanto, Netanyahu persiste en su voluntad de cambiar el régimen. Le confió a Shlomo Karhi, su ministro de Comunicaciones, diputado del Likud y sionista religioso, la tarea de acallar a los medios de comunicación. Su proyecto de ley, calcado del modelo que puso en marcha el presidente Viktor Orbán en Hungría, pone a los canales de televisión y a la casi totalidad de la prensa bajo la vigilancia de un comité ampliamente bajo control del Poder Ejecutivo. El gobierno también tiene la intención de recurrir al reconocimiento facial gracias a las cámaras de vigilancia desplegadas en los lugares públicos, incluidos los lugares en donde se lleven a cabo manifestaciones. Las próximas elecciones legislativas están previstas para el 27 de octubre de 2026, ¿acaso los acontecimientos obligarán a la coalición en el poder a adelantar el escrutinio? ■

1. Véase Charles Enderlin, "En Israel, la ley de la discordia", *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, septiembre de 2018.

2. Véase Charles Enderlin, "Golpe de Estado identitario en Israel" y "El belicoso auge del ultranacionalismo israelí", *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, febrero de 2023 y septiembre de 2022 respectivamente.

3. "Why are we protesting?", Brothers and sisters in arms, www.brothersandsistersinarms.org

4. Dominique Vidal, "De la colonización a la anexión", *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, febrero de 2017.

Dossier

Israel y Palestina
contra las cuerdas

Enfrentamientos cerca de la frontera entre Gaza e Israel, 22-9-23 (Said Khatib/AFP)

El largo proceso de gobierno casi ininterrumpido de Netanyahu ha deteriorado al extremo la posibilidad de un diálogo entre palestinos e israelíes. A su vez, los palestinos no logran construir acuerdos mínimos de convivencia interna y ven cómo su causa queda desplazada en una agenda regional en mutación.

Resistir en tiempos de Netanyahu

Dos desafíos para Palestina

por Said Chaya*

Atreinta años de los Acuerdos de Oslo solo queda desolación. El proceso de paz lleva décadas en punto muerto. No hay duda de que los últimos trece años, signados por la conducción casi ininterrumpida de Benjamin Netanyahu, contrario a los acuerdos de paz entre israelíes y palestinos de los años noventa, han sido los peores en la relación entre estos dos actores. Ahora, con su poder cimentado en una coalición de extrema derecha que reúne a partidos cléricos y ultranacionalistas, la posibilidad de un diálogo que implique compromisos y concesiones parece imposible.

Mientras tanto, los palestinos atraviesan un camino que va de la disgregación política a la marginación regional, guiados por una conducción

envejecida y deslegitimada. La persistencia de la ocupación es, indudablemente, el problema estructural más grave para los palestinos, y no es posible entender los conflictos actuales sin incorporarla en el marco referencial. Sin embargo, junto a ella, emergen dos situaciones de gran complejidad que deben resolver. Por un lado, a nivel doméstico, la falta de estrategias que permitan construir mínimos acuerdos de convivencia y demandas comunes, enfrentando con contundencia al ocupante. Por otro lado, a nivel externo, se manifiesta la necesidad de recuperar la centralidad de la causa palestina en una agenda regional en proceso de mutación.

Una casa dividida contra sí misma

En 1858, en el contexto de la Guerra de Secesión estadounidense, el presidente Abraham Lincoln

dio un famoso discurso fundado en una cita evangélica, donde mencionaba que “una casa dividida contra sí misma no puede subsistir”. La debilidad de los palestinos para enfrentar este momento particularmente adverso se explica, en parte, por eso: la división entre sus dos movimientos más convocantes, Fatah y Hamas. La grieta que esto genera es una herida abierta que le impide al país denunciar con mayor firmeza la situación que atraviesa en manos del país ocupante, con el cual, en la actualidad, el diálogo es prácticamente nulo. En otras palabras, se trata de un quiebre que pone de manifiesto la fragilidad de su estructura político-institucional y el desgaste de la representación de los partidos tradicionales.

Los principales partidos políticos, Hamas y Fatah, están enemistados desde las elecciones de 2006.

Las legislativas de ese año significaron una importante victoria para el primero. Su agenda se caracteriza por un rechazo a los Acuerdos de Oslo de 1993, a través de los cuales la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) renunció a la lucha armada y reconoció la existencia del Estado de Israel. El giro radical de la población palestina descolocó a Fatah, el partido de Yasser Arafat, que hasta entonces controlaba los resortes institucionales de poder en la OLP y en la Autoridad Nacional Palestina (ANP). Además, era el interlocutor privilegiado del gobierno israelí y las naciones occidentales. Sin poder lograr un acuerdo que permitiera gobernar en conjunto, se desató una espiral de violencia que generó un enfrentamiento armado entre ambas facciones. En 2007, Hamas se hizo con el control de la Franja de Gaza, expulsando a la policía que respondía a la ANP, comandada por el presidente Mahmud Abbas (Abu Mazen); Fatah, por su parte, siguió controlando la Ribera Occidental (Cisjordania), monopolizando las instituciones del gobierno palestino. El Consejo Legislativo Palestino, de 132 miembros, dejó de sesionar ese año; las elecciones, que debían realizarse entre 2009 y 2010, se aplazaron definitivamente. Esta situación de parálisis no solo resulta dañina para la joven república; además, erosiona el vínculo de representación que se generó cuando fueron electos esos legisladores hace casi veinte años, dañando de manera irreversible su legitimidad. Los mecanismos de autogobierno que fueron creados en 1994 para canalizar las demandas de los palestinos han sido inutilizados por esta división. El último intento de acercamiento fue el acuerdo de 2019; sin embargo, pocos meses antes de la elección, prevista para mayo de 2021, el presidente Abbas la suspendió de manera indefinida al no poder garantizar la participación de los habitantes de la parte oriental de Jerusalén, ocupada por las fuerzas israelíes. Cabe mencionar que, próximo a cumplir 88 años y en su condición de segundo jefe de Estado más anciano del mundo, sería un buen momento para que el entorno de Abu Mazen reflexione sobre la necesidad de contar con un sucesor.

Previsiblemente, la percepción de mutua amenaza entre Hamas y Fatah ha resultado en la imposibilidad de lograr acuerdos que permitan defender y custodiar los derechos de los palestinos frente a un gobierno israelí que, cuanto menos, se niega (y se negará, en la medida en que permanezca el mismo signo político) a realizar concesiones. Los intentos de mediación regional, promovidos en diferentes ocasiones por Arabia Saudita, Qatar y Egipto, no dieron resultado. La dinámica se ha vuelto conocida. Hamas denuncia la falta de representatividad con la que cuenta la ANP, dominada por Fatah, quien, por su lado, usa los mecanismos políticos que administra para marginar a su rival de los procesos de toma de decisiones. En otras palabras, el primero ha hecho uso de su potencia de bloqueo, mientras el segundo ha abusado de su poder institucional.

Palestina no escapa a la condición de "Estado Penetrado" de la que hablaba L. C. Brown en los ochenta: en Medio Oriente, entre los Estados fuertes y los actores subnacionales de aquellos más débiles, aunque de valor estratégico, se establecen mecanismos de cooperación. Tal como sucede en el Líbano, Irak y Yemen, las potencias regionales buscan meterse en las grietas comunitarias para apalancar desde allí sus propios intereses. En los últimos años, Irán ha alentado la polarización entre los partidos palestinos, abrazando a Hamas y acercándolo a Hezbollah. La agrupación palestina se refugia en un socio poderoso, a quien ayuda a poner pie en la zona del Mediterráneo Oriental, muy próxima al corazón del enemigo (mutuo) que inspira su retórica. La Corte de Riad, por su parte, busca reconstruir el vínculo con Hamas, sin descuidar la relación con Abu Mazen.

Los devoran los de afuera

A nivel externo se han presentado otras dificultades que contribuyeron a esta situación de debilidad. La primera de ellas es el rol que Estados Unidos, garante del proceso de paz, jugó en los últimos veinte años, caracterizados por el estancamiento de las negociaciones. Lejos de constituirse en árbitro, Washington más bien se convirtió en representante de los

intereses israelíes. El corolario de esa situación fue la propuesta del presidente Donald Trump en 2020, "Paz para la Prosperidad", que imponía a los palestinos una saga de concesiones humillantes; entre otras, aceptar la ocupación de Jerusalén, renunciar al control de sus fronteras con Jordania y aceptar un Estado con soberanía reducida, limitado a pequeños bantustanes conectados por correderos y rodeados por la presencia militar israelí. Paradoja: el aporte más innovador al proceso de paz en dos décadas, aunque parezca una humareda, se mostró muy acorde a los tiempos de entonces, que son también los de ahora.

El derrumbe de la credibilidad estadounidense en el proceso de paz árabe-israelí coincidió con su retirada hegemónica de Medio Oriente, tras la salida de sus tropas de Siria, Afganistán e Irak y su paulatino desenvolcamiento de la guerra en Yemen. Ahora, la estrategia parece ser otra: el presidente Joe Biden le ha dado lugar a Abdel Fatah Al Sisi para que ocupe un rol más protagónico en las conversaciones. La elección no es casual, ya que el régimen egipcio tiene diálogo con todos los actores involucrados: Hamas, la ANP de Abbas y el gobierno de Netanyahu. China, por su parte, ha demostrado un creciente interés en tomar protagonismo, después de haberse probado el traje de mediador entre Irán y Arabia Saudita, con resultados que presentan una gran expectativa. También Turquía busca su lugar. El presidente Recep Tayyip Erdogan convocó en julio pasado, en la misma semana, a Netanyahu y a Abbas para dialogar sobre la situación regional.

La segunda dificultad que contribuyó al debilitamiento de la posición palestina fue el sistema de Acuerdos de Abraham. Estos tratados bilaterales, firmados en septiembre de 2020, implicaron el reconocimiento y el comienzo de las relaciones diplomáticas entre el Estado de Israel y dos países árabes: los Emiratos Árabes Unidos y el Reino de Bahrein. Luego, se sumaron Sudán en octubre y Marruecos en diciembre. Esta situación constituyó un abandono manifiesto a la posición frente al conflicto palestino-israelí que la Liga Árabe había adoptado en la Conferencia de Jartum de 1967, es decir, sus "Tres No": No a la paz, No a la negociación, No al reconocimiento. Aunque otros países de la organización ya habían reconocido a Israel con anterioridad, las condiciones eran diferentes. Egipto, en 1978, había firmado los Acuerdos de Camp David tras luchar en cuatro guerras contra los israelíes, que por entonces ocupaban dos tercios del Sinaí egipcio. Jordania, en 1994, suscribió el Tratado de Wadi Araba en el contexto de negociaciones públicas y abiertas frente a los palestinos.

Los Acuerdos han logrado, por ahora, resultados moderados o simbólicos: un incremento en el turismo, los negocios bilaterales y diversas áreas de la cooperación, en el caso de los Emiratos Árabes y Bahrein, y concesiones por parte de Estados Unidos en los otros dos. Con Marruecos, el reconocimiento de la soberanía de Rabat sobre el Sahara Occidental. Con Sudán, su eliminación de la lista de países promotores del terrorismo internacional, con la consiguiente quita de sanciones.

Para los palestinos, los Acuerdos de Abraham constituyeron la prueba de que su causa había perdido centralidad en la agenda de los países árabes, a los que consideraba sus aliados. Entendieron la nueva realidad como un sustituto a un tratado de paz que los incluyera: con un respaldo regional decreciente, la posibilidad de establecer un diálogo ventajoso con Israel se dificultaría aún más. En Abu Dhabi habían sostenido que el acuerdo permitiría que los Estados firmantes tomaran un nuevo rol en eventuales negociaciones de paz, pero nada de esto sucedió, excepto declaraciones mediáticas sobre las violaciones a los derechos de los palestinos en las incursiones militares israelíes en la zona de Al-Aqsa.

El futuro, en este aspecto, pone a los palestinos en alerta. Nada sucede en el oeste del Golfo a espaldas de la Corte de Riad. Existe la posibilidad de su adhesión a los Acuerdos de Abraham, para volver explícito un vínculo que constituye un secreto a voces entre los aliados más importantes que tiene Washington en Medio Oriente. El escenario, por ahora, se muestra esquivo. El príncipe heredero Mohammed ben Salman niega la posibilidad del reconocimiento diplomático sin la concreción de un Estado Palestino y

de otras compensaciones por parte de Estados Unidos en materia de defensa.

Sin lugar para los débiles

La calidad de la política depende de aquello que la mantiene encendida y ese factor, en la actualidad, es el miedo al otro. Por un lado, un discurso sobre la amenaza que representan los palestinos. Por el otro, la persistencia (y en algunos casos, la profundización) de la situación de indefensión de los palestinos. Sin perder la mirada sobre las particularidades, cuando se trata del proceso de paz, tanto Netanyahu como Hamas se alimentan de ese discurso, frente al cual no parece haber alternativas del otro lado. Hay

una espiral de violencia y desconfianza que no deja lugar para posiciones intermedias. La fuerza de la radicalidad palestina se acrecienta con cada agresión y la persistencia de condiciones inhumanas que llevan décadas, aunque allí radica una parte del sustento que mantiene vivo políticamente a Netanyahu. La fórmula parece imposible. En el lado palestino, la situación de caos y el

desánimo que se vive en su conducción no permiten vislumbrar acuerdos de ningún tipo. Fatah se muestra cauto, teme quedar como un actor débil ante un escenario agresivo. Lo mismo sucede del lado israelí, y las necesidades electorales que permitan la supervivencia de su 37º Gobierno.

Sin embargo, se abren algunas posibilidades, muy limitadas, que permitirían revertir la situación de los palestinos. En los últimos años, en el escenario doméstico emergieron nuevas variables. En el proceso de escalada-desescalada, han hecho su aparición dos nuevos actores: por un lado, los árabes-israelíes, es decir, los palestinos que obtuvieron la ciudadanía después de los sucesos de 1948. Este grupo, que constituye poco más del 20% del total de la población israelí, se halla en un proceso de movimiento creciente tras las abusivas incursiones de las Fuerzas de Defensa en Gaza y Cisjordania en los últimos años, fundamentalmente entre los más jóvenes. Esta porción de la población, a la que Netanyahu llamó alguna vez "bomba demográfica", constituye una preocupación para el gobierno israelí. Por otro lado, están las agrupaciones radicalizadas que se desmarcaron de la conducción de Hamas. Reacia a cualquier contacto con el gobierno israelí, la conducción de Hamas mantiene, al menos, un trato frecuente con Al Sisi, que ocasionalmente puede servir de puente entre ambos grupos; incluso, aunque con cortocircuitos, también tiene el teléfono abierto con la monarquía saudita. Pero no ocurre así con los nuevos grupos, que atacan objetivos civiles israelíes de manera independiente. Estos elementos podrían alentar el eventual compromiso del gobierno israelí y un acercamiento entre Hamas y Fatah que lleve, finalmente, a la concreción de elecciones y la necesaria renovación política.

Por otro lado, también se abren posibilidades en el escenario regional. Arabia Saudita ha demostrado su interés creciente por cooperar con los palestinos, especialmente tras el acuerdo con Irán, buscando guiar a los países árabes, donde busca consolidar un nuevo liderazgo. Esta situación alienta la competencia regional por parte de otros países que también aspiran al liderazgo, por ejemplo, Turquía y, con el respaldo estadounidense, también Egipto. Estos factores pueden promover una mayor presión internacional a Israel, de forma tal que motive a generar nuevos compromisos con los palestinos.

En resumen, ambos escenarios se retroalimentan. La amenaza que se les presenta requiere unidad; no se trata de homogeneidad, pero es necesario encontrar al menos ciertos puntos de acuerdo. Este proceso no puede ocurrir de espaldas a la población. De esa forma, podrían aprovechar mejor los nuevos vientos que soplan en la región. La moneda está en el aire.

*Analista Internacional. Docente-Investigador en la Universidad Austral (Argentina).

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur